

FERNÁNDEZ CHAVES, MANUEL FRANCISCO; PÉREZ GARCÍA, RAFAEL M. (2019) (COORDS.)

https://doi.org/10.14195/0870-4112_3-6_12

Movilidad, interacciones y espacios de oportunidad entre Castilla y Portugal en la Edad Moderna.

Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 298 p.

Los coordinadores de la obra que comentamos, Manuel Fernández Chaves y Rafael Pérez García, se han hecho un hueco en la historiografía reciente sobre la movilidad. El contexto en el que desarrollan su labor es la Universidad de Sevilla, lo que los sitúa en una ciudad que en la Edad Moderna se convirtió en el epicentro de un gigantesco trasiego y de una gama variadísima de transeúntes y migrantes. Entre estos, sin duda, tuvieron una notable importancia los procedentes de Portugal. De ahí que los editores hayan llevado a cabo un coloquio para analizar de forma complementaria y comparativa los intercambios hispano-portugueses en el período moderno. En los últimos años, este tipo de colaboraciones entre investigadores españoles y portugueses — y de especialistas en ambos países — ha dado enormes pasos, si bien se ha atendido más a las relaciones políticas y a los grupos mercantiles o financieros que al tema abordado en esta obra. La complejidad de estudiar la movilidad y las migraciones, muchas veces carentes de rastros, incluso entre territorios vecinos como Portugal y España, explicaría las importantes lagunas presentes en su investigación. Así pues, el esfuerzo colectivo que se recoge en esta publicación contribuye a mejorar nuestros conocimientos al respecto.

Hace años se desarrollaron muchos trabajos en el ámbito de la demografía histórica, aunque más como complemento explicativo que como componente de los comportamientos de la población. Suele alegarse la carencia de fuentes documentales, lo que se agudiza en lo referente a los trasvases transfronterizos por su tendencia a hacerse de modo sigiloso o discreto, en especial cuando las causas

rozan lo ilegal, y el problema de que algunas de las fuentes pre-estadísticas ofrecen imágenes diferentes y no siempre se pueden complementar unas con otras. Además de esas razones se aduce la dificultad de dar unidad, continuidad y sentido a las existentes. En el caso de la emigración a América, ambas monarquías intentaron llevar un registro de quienes se iban y de quienes regresaban, pero no así en los movimientos internos — temporales e individuales por lo general —, de modo que la mayoría de los datos proceden de fuentes fragmentarias y discontinuas, de las que apenas se pueden extraer series. Esto entorpece, a su vez, la medición y la comparación, la identificación de los factores generales y tipificables de la movilidad y las consecuencias del trasvase humano entre los dos países y en el interior de sus ámbitos de influencia. En esta obra, ambas dificultades se solventan de forma eficaz, tal como señalan los coordinadores en la introducción (p. 17-20), donde argumentan su iniciativa.

La frecuencia e intensidad de ese trasvase se va conociendo poco a poco, con un ímprobo ejercicio de búsqueda de datos. La bibliografía que acompaña a los capítulos de este libro permite a los lectores tomar conciencia de lo que está hecho y de lo que queda por hacer, pues en cada uno de ellos se hace una reflexión sobre el estado de la cuestión y las fuentes documentales consultadas por los distintos autores. Los registros parroquiales son fundamentales para conocer la movilidad y las migraciones, ya sean voluntarias, forzadas o semi-libres, así como también lo son los expedientes matrimoniales, los padrones municipales y los censos, que se apoyan entre sí para corroborar, por ejemplo, los números alcanzados por los portugueses afincados en Sevilla antes de 1640. Otra fuente clásica de la movilidad son los registros de las instituciones asistenciales, en especial los de la red de Misericordias de Portugal y los de los hospitales — en este caso, los sevillanos —, la documentación judicial penal que se emplea para detectar la movilidad relacionada con lo delictivo, como por ejemplo, la de los gallegos emigrados al Portugal septentrional, y las escrituras notariales, una mina de datos poco sistematizables, pero de enorme riqueza en el aspecto social de la migración como los testamentos, etc. Además del uso de esos tipos de documentación, respaldados por una tradición, aparecen en el libro fuentes singulares, como la pesquisa de 1615-1618, hecha con un objetivo de fiscalización que sustituye a la información privada, hoy ilocalizable. Igual de relevante es el empleo de textos cronísticos, que han servido, por ejemplo, para comprobar

y analizar la presencia y participación de andaluces en la conquista de Marruecos (Fernando Pessanha, *A Andaluzia na expansão Portuguesa em Marrocos: espaço de mobilidade e oportunidade nos alvares da Idade Moderna*, 209-229).

En una obra sobre movilidad y migraciones no podían faltar los números. En varios capítulos resultan llamativos, en especial los relativos a la abundante presencia portuguesa en Andalucía, urbana y ramificada, pero con Sevilla como núcleo clave. Como cabría esperar, las cifras más elevadas se alcanzaron durante el período de la Unión de los reinos (Ignacio González Espinosa, *Andalucía como foco receptor de la población portuguesa (1580-1640). Distribución espacial y perfiles socioeconómicos*, 21-40; Lucía Andújar Rodríguez, *Migraciones y redes: el caso de Sevilla a fines del siglo XVII*, 41-73). Los portugueses presentes en la Sevilla de fines del siglo XVI y principios del XVII eran gentes del común que aprovecharon sobre todo la neutralización de la frontera en el período de la Unión. Aunque fueron muchos, solo una minoría acabaría naturalizándose allí, casándose con andaluzas o con mujeres residentes en Andalucía. Se trataba de una migración masculina en su mayor parte — las mujeres llegaron solo en casos de migración familiar —, constituida en buena medida por adolescentes que habían hecho el viaje con sus padres. Los radicados en Sevilla eran artesanos, se dedicaban a tareas portuarias o de navegación o no tenían empleos cualificados. Además, los llegados a Sevilla antes de 1640 estaban menos alfabetizados que los inmigrantes de otras procedencias, pero más que los de sus zonas de origen, tal como se nos informa en un capítulo dedicado a los activos grupos de comerciantes portugueses y a su inserción en amplias redes de relación (José Manuel Díaz Blanco, *El mundo de los comerciantes portugueses: ámbitos domésticos, cultura escrita y negocios globales en el siglo XVII*, 231-252). Esa presencia portuguesa se reduciría y modificaría después de la Restauración. Así pues, en el setecientos ya no eran numerosos en los núcleos portuarios del arco colonial, en la zona gaditana o en el Puerto de Santa María (Juan José Iglesias Rodríguez, *Espacios conectados. Portugueses en la bahía de Cádiz en el siglo XVIII*, 75-98), lo que no obsta para que siguieran llegando temporeros a las comarcas cerealistas y vitícolas del occidente andaluz.

Paradójicamente, Portugal, tierra de emigración, se convirtió en el siglo XVIII en un destino clave para los gallegos, que iban a los viñedos de la cuenca baja del río Duero o a las ciudades portuarias (Lisboa, Porto); muchos, incluso, cruza-

ban Portugal para alcanzar Andalucía. Esa migración económica solía ocultar a los prófugos de las levas y reclutamientos y a no pocos delincuentes que escapaban del peso de la ley. La mayoría eran campesinos y artesanos, estos en menor medida que emigraban antes o después de casarse, con la idea de retornar, pero que finalmente se quedaban si las cosas ocurrían de forma diferente a lo previsto en sus lugares de partida. En el siglo XVIII, la frontera adquirió un carácter más político y su paso estuvo más vigilado mediante la imposición de los pasaportes internos en Portugal en 1761, si bien estos no redujeron la dificultad real de controlar los movimientos entre ambos lados. En algunos casos, los migrantes eran tan precarios que tenían que ser acogidos y alimentados en las instituciones asistenciales, ya fuesen mujeres que iban a trabajar como criadas o jornaleras (Maria Marta Lobo de Araújo, *Galegas no noroeste de Portugal: trabalho e assistência na Idade Moderna*, 99-117), ya hombres que, por varios meses o años, pasaban por el Norte lusitano, se ocupaban en esa zona rayana en actividades del campo o de la mar, o se ocultaban de algo o de alguien (Alexandra Esteves, *A presença galega no Alto Minho nos finais do Antigo Regime: entre a marginalidade e a assistência*, 119-139).

La mayor parte de los emigrantes de los que se habla en esta obra no lograron conseguir más que algunos recursos de supervivencia, pagar deudas o comprar alguna tierra en sus lugares de origen. Sin cualificación alguna, solo podían aspirar a oficios eventuales, duros y de poca ganancia. Pero hubo notables excepciones, precisamente aquellas que movían a emulación. Ese fue el caso de una fundación en beneficio de la Misericordia de Coimbra establecida por un portugués enriquecido en el servicio de la monarquía hispánica después de la separación de los reinos, voluntad manifestada en un testamento redactado en Manila indicativa del complejo puzzle de la globalización (Maria Antónia Lopes, Manuel Soares de Oliveira, *assessor e auditor do governador das Filipinas e benfeitor da Misericórdia de Coimbra (1598-1675)*, 275-295). Lo fueron también los agentes del trato de tabaco, negocio basado en un producto exótico y en un tráfico transfronterizo, cuya movilidad silenciosa caracterizaría la relación entre Portugal y España (João de Figueirôa-Rêgo, *Mobilidade dos agentes do tabaco entre Portugal, Madrid e outras regiões de Castela (século XVII)*, 253-273).

Ahora bien, la “historia conectada”, que tiene en esos casos a representantes enriquecidos, en mayor o menor medida, tiene su otra cara en los capítulos

dedicados a los esclavos cuya compra-venta constituye la faceta más dramática del mercado globalizado. La magnitud del negocio esclavista queda expuesta en las cifras presentes y estudiadas en esos trabajos; dos sobre el ámbito andaluz: el de Paula Valverde Barneto (*La esclavitud en la Sevilla del siglo XVI: crecimiento natural e importación de esclavos, 167-182*) y el de Rafael M. Pérez García y Manuel Francisco Fernández Chaves (*Movilidad de los esclavos en el espacio atlántico ibérico del siglo XVI, 141-166*); y uno referido al espacio colonial portugués, el de Eduardo França Paiva, con una cronología posterior y en un contexto bien diferente, que favorece la comparación (*Un panorama de la esclavitud en las áreas de minería del Brasil en el siglo XVIII. Las Minas Gerais, 183-207*).

En fin, la debilidad de la frontera entre Portugal y España, mal vigilada, incluso por la Inquisición, no fue obstáculo para que hubiese un intercambio humano intenso cuando quienes lo necesitaban, hombres en su inmensa mayoría, se ponían en movimiento. La mayoría de los trasvases fueron protagonizados por personas del común que tenían un objetivo económico de supervivencia en la mayoría de los casos. Otros lo hacían para huir de las levas militares, lo que daba a esa migración una tonalidad política y no pocos eran delincuentes trans-fronterizos o se ocupaban en facetas comerciales dudosas. Las autoridades y los grupos poderosos de ambos reinos percibían que por medio de esos tipos de migración se iba mano de obra y se perdía capacidad fiscal en beneficio del otro, en un largo contexto de hostilidad, solo interrumpido en 1580-1640. El libro aborda esa migración que, siendo libre en apariencia, era en realidad el producto de la necesidad. La inclusión de la movilidad de esclavos es conveniente y se ajusta muy bien en la estructura general de la obra, de la que también cabe subrayar la variedad y complementariedad de los espacios: desde el Norte de Portugal al Sur de España, de Marruecos a Filipinas, algo poco habitual, tal como indica en su prólogo Ofelia Rey Castelao (9-16).

ANXO ANXO RODRÍGUEZ LEMOS

a.rodriquez.lemos@usc.es

Universidade de Santiago de Compostela

<https://orcid.org/0000-0002-8690-7062>